

CAPITULO XI.

ABDERRAHMAN II. Y MOHAMMED II. EN CÓRDOBA:

RAMIRO I. Y ORDOÑO I. EN OVIEDO.

De 822 a 866.

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelion y sumision extraña de su tio Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Cárioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Cárlos el Calvo.—Ramiro I. de Asturias, *el de la vara de la justicia*.—Supuesta batalla de Clavijo atribuida á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—Terrible persecucion de los cristianos en Córdoba.—Martirios.—Causas que movieron esta persecucion.—Muerte de Abderrahman II.—Continúa la persecucion con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samson. Concilios en Córdoba. Apostasias.—Reinado de Ordoño I. en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelion famosa del bandido Hafsún.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis dias, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábiga, cumplia el hijo de Alhakem el dia mismo que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho habia ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II. hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color trigueño y bien dis-

puesta barba, que se teñia con alheña. Apellidábasele ya *Almudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que habia vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenia ademas excelente ingenio y admirable erudicion, y hacia elegantes versos. Gustábale la ostentacion y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacia á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecia ser estrella de la familia Omniada que ninguno habia de subir al trono sin tener que luchar con algun pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en Africa, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no habia apagado el fuego de su corazon.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando éste, despues de algunos combates, le tenia cercado en Valencia. La manera como se decidió Ab-

dallah á hacer su sumision retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulman fanático de aquellos tiempos.

Tenia preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del dia festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), «haremos nuestra oracion de jhuma, y con la bendición de Allah partiremos el sábado, y pelearémos «si fuese su divina voluntad.» El viernes, congregadas sus tropas delante de la mezquita de Bab Tadmír ó puerta de Murcia, dirigióles otra breve arenga, y alzando despues los ojos y las manos al cielo: «¡Dios «mío! exclamó, si tengo razon y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi «padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su derecho al trono es mas fundado que el de su tio, «bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y «horrores de la guerra y discordia que hay entre «nosotros: apoya su poder y estado, y ayúdale.»— «Asi sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel

(1) La fórmula «si Dios quiere» que usa todavía en España comunemente el pueblo, estaba espresamente prescrita para los mahometanos en el Coran. Dicese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «mañana os la contaré,» olvidándose de añadir, «si asi lo quiere

Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Coran: «Nunca digas: mañana yo hare tal cosa, sin añadir: «si Dios quiere.» Los turcos siguen observado escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere.» *En seha Allah.*

momento, añade la crónica, sopló un viento frio y helado, extraño en aquel clima y estacion, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oracion sin él. A los pocos dias desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al dia siguiente un venerable anciano musulman se apeaba á la entrada de la tienda de Abderrahman: un jóven llevaba asida la brida y otro sostenia el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos que iban á hacer su sumision al emir instituido por Dios para gobierno del pueblo musulman. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmír, donde murió dos años despues.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupcion que los condes de la Marca de España habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo pues las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cerca de veinte años hacia (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traicion por otro godo llamado Sunila ante

el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacían, y apeló á un *juicio de Dios*, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nacion, es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatian á pie. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado á muerte: pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, dijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábicas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, despues de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dúdase no obstante que llegáran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personajes griegos, llevando consigo

muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habian visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venian á ofrecer á Abderrahman aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo comun de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y despues de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahia ben Hakem, el Gazali, marino de gran mérito, también con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco despues Abderrahman. Los vasco-navarros, que miraban, como hemos dicho, con mas antipatía á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasion franca por los puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos transpirenaicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la petición, como admitia la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habian tenido orden de franquear los Pirineos en direccion de la Vasconia. Sin obtáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron también á Pamplona. Cum-

plido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecía estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Carlo-Magno al cabo de cerca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos como lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pio), experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del país, las tropas fueron desechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los wálles de la frontera (dicen las historias árabes) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortah.... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses segun su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagages y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra

contra Navarra: pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitianos otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menòs sangrienta que la primera, sirviòles de tan dura leccion y escarmiento que no volvieron mas á visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y asi lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio en la fatigosa narracion de tantas guerras se presenta aqui un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo (dice) mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades princi-

pales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenía en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del estado, se entretenía con los sábios y buenos ingenios que había en su córte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguía al célebre poeta Abdalá Abén Xamri, y Yahia ben Hakem, el Gazali, y como este sábio había estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que había visto. Había hecho hagib al walí de Sidonia Aben Gamri, y con este sábio caudillo solía jugar al *sahtrang* ó ajedrez, que era uno de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competía con él Abderrahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables.

«Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya

de las que ennoblecían el tesoro real y podían servir en un apuro ó vicisitud de fortuna. Abderrahman les dijo: «Me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimación imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas piedrezuelas y á la figura y lindería de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebatada y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oídos, no tocan al corazón ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

Refiriendo despues el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar había tenido con los wazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Guallah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son mas ingeniosos que los míos,» y mandó darle una *bidra* ó bolsa de diez mil adharames que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenía

que pedir. Los impuestos se habían aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se había extendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolución. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podría sacar de esta situación de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazón de la España árabe, escribiendo á los mericanos y escitándolos á revolucionarse contra su emir ⁽¹⁾.

(1) Hé aquí las frases más notables de este extraño documento imperial.

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, Luis, por ordenación de la divina Providencia emperador augusto, á todos los primados, y á todo el pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulación y de las vejaciones que sufrís de parte de vuestro rey Abderrahman, cuya avaricia os trae oprimidos. Lo mismo hacía su padre Abolaz (Al-hakem), el cual os sobrecargaba de impuestos que no debíais pagar, convirtiendo así á los amigos en enemigos, á los servidores en rebeldes.... Pero sabe-

mos que vosotros, como hombres de corazón, habéis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente á su codicia y avaricia. Por tanto nos complace en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros á perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano monarca, y á resistir con fortaleza, como hasta aquí habéis sabido hacerlo, á su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es tan adversario y enemigo nuestro como vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intención es en el próximo estío, con la ayuda de Dios Todopoderoso, en-

Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores á Abderrahman, éste por su parte ganaba también auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolución estallaba en la Marca española. Un godo llamado Aizon, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia á la cabeza de un partido numeroso que debería tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Ausona (Vich), destruyó á Rosas, y para robustecer más su partido despachó á un hermano suyo á Córdoba á solicitar socorros de Abderrahman, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confirió á Obeidala, el hermano de Esfah y de Casim. Con esta noticia Vil-Mund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado á Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó á los sublevados de Aizon (826).

Todo esto fué noticiado á Luis en ocasión de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin

«viar un ejército á nuestra Marca, y tenerle allí á vuestra disposición. Si Abderrahman y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá atrayéndolos á sí, y nada podrán contra vosotros sus fuerzas. Os aseguramos además, que si quereis separaros de Abderrahman y veniros á nosotros, os volveremos vuestra antigua libertad íntegra y plena y os mantendremos libres de todo tributo. Vosotros mismos elegi-

«reis la ley bajo la cual queráis vivir, y nosotros no os trataremos sino como amigos y asociados, honrosamente confederados para la defensa de nuestro imperio. Os deseamos salud en nuestro Señor.»—Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su sinopsis histórica de España, t. IV, pág. 170, habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos después.

que al pronto tomara otra medida que pedir parecer á su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictámen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por la Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destruían campiñas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió á la Marca al mando del jóven hijo del emperador, Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfried. Pero este grande ejército no halló ocasion de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizon y del árabe Abu Merúan, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizara se volvieron á pequeñas marchas á Zaragoza. Afrentosa fué esta campaña para los leudes francos, á quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgran castigó con la privacion de sus empleos. «Pequeña pena, añade un historiador francés, para el crimen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecia prescribirlo las leyes militares de todos los países y de todos los tiempos.»

Hablábase entretanto de una grande expedicion que Abderrahman preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgran se decidió que marchase un fuerte ejército á los Pirineos bajo la conducta de los hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispues-

tos á emprender su marcha, y las tropas de Abderrahman iban á salir para las fronteras de Afranc, cuando un impensado incidente vino á llamar la atencion hácia otra parte y á dar otro giro á los negocios ⁽¹⁾.

Las imprudentes prodigalidades de Abderrahman tenian, como dijimos, irritado al pueblo musulman, los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolucion que amenazaba en Mérida habia estallado. Figuraba á su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo vazzir de Alhakem, destituido por Abderrahman. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazzires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walí pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros gefes de la sedicion repartieron armas, vestuarios y dinero á la plebe, sin distincion de creencias, y se prepararon á sostener su tumultuario gobierno. Esto fué lo que detuvo la salida de Abderrahman á las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walí Abdelrúf, á sofocar la rebellion. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Mas de cuarenta mil hombres armados recorrían sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo

(1) Eginhard, Vit. Ludov.— Conde, part. II. cap. 39.
Astron., Anon.—Annal. Fuld.—

botín: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situación los buenos musulimes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelrûf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abriéronse las puertas, y entraron sin dificultad las tropas. Grande fué la sorpresa de los sublevados: todos corrían inciertos; muchos dejaban las armas aturcidos; la caballería del emir recorría las calles persiguiendo la chusma; como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelión se salvaron en la confusión y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron á los campos, y Mohammed se refugió á Galicia. Sosegó Abdelrûf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y á los pocos días un indulto general de Abderrahman acabó de disipar el temor del castigo que á muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos imponente y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico jóven de la ciudad, por solo el deseo de vengarse del vazzir Aben Mafot ben Ibrahim. Había Hixem derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuosos, apoderáronse de los ministros, arrastráronlos por las calles, «y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró

de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresión.» Fortuna del walí fué hallarse en aquella sazón en el campo: avisado de la insurrección se retiró á Calat-Rahba (Calatrava), y comunicó la novedad al emir. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y órden de reunirse al walí para castigar los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió á salir con la gente mas osada y escogida á buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Aben Mafot, dieron gran confianza y orgullo al jóven Hixem. Fué ya preciso que Abdelrûf pasara desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aun así trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderrahman lograran ventaja de consideración sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando á los que quedaron con vida á refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelión: y no se rindió todavía Toledo.

En tal estado reprodujose otra vez la revolución de Mérida. Ausente Abdelrûf y poco guarnecida la ciudad, introdujose en ella el mismo Mohammed, gefe del anterior motin, con todos los bandidos y